

En torno a la España de Olivares

El reciente libro de Elliott sobre la figura de Olivares¹ pone de nuevo sobre el tapete la vigencia del género biográfico, como hilo conductor para penetrar en el pasado. Podría decirse que es como relanzamiento de una corriente que parecía superada por aquella tendencia que sólo valoraba la fuerza de las corrientes generales y las acciones colectivas. ¿Cuál es el principal agente de la historia? ¿Se puede hablar todavía de héroes? Ortega, en un espléndido ensayo, allá por los años veinte, nos describiría, con su insuperable estilo, la rebelión de las masas; pero también podrían escribirse hoy mismo, a buen seguro, páginas interesantes sobre un tema que podría llevar este título: los pueblos a la búsqueda de líderes; esto es, de héroes. Que se denunciara una historiografía triunfalista, que parecía hipnotizada por las únicas hazañas de reyes y soldados, se puede comprender, e incluso aplaudir; lo que muchos ignoran es que tal denuncia no es de nuestro tiempo. En efecto, en pleno siglo XVIII Muratori en Italia y Voltaire en Francia pedirían a los historiadores que fijasen su vista en otros aspectos del pasado. Y así, en un texto que bien podría creerse escrito en nuestros días, Francisco María Arouet (esto es, Voltaire) diría:

Se exigen hoy a los historiadores modernos mayores detalles, hechos comprobados, fechas exactas, mayor estudio de los usos, de las costumbres y de las leyes, del comercio, de la hacienda, de la agricultura y de la población.

Y añadía:

Sucede con la historia lo mismo que con las Matemáticas y con la Física: su carrera se ha acrecentado prodigiosamente.

¿Quién fue el primero en pedir a la historia algo más que batallas? Es posible que no fuera Voltaire y que se le hubiera adelantado Muratori; lo que es seguro es que nadie lo hizo con la gracia y con la fina ironía del pensador francés:

Daniel se creyó historiador —nos dice en su *Diccionario filosófico*— porque transcribió fechas y relaciones de batallas, que nada significan, en vez de enseñarnos los derechos de la nación y de sus principales corporaciones, las leyes, los usos y las costumbres, haciéndonos ver cómo han cambiado.

Después de lo cual, no sin valor, pues se hallaba en pleno reinado de Luis XV, exclamaría:

La nación francesa tiene derecho a decirle (al historiador): os pido que escribáis mi historia en vez de la de Luis el Gordo y la de Luis el Terco.

¿Cuál sería el comentario de Jovellanos, otra de las figuras señeras del siglo XVIII, cuando visita el archivo de Simancas en 1791? ¿Alabará los fondos diplomáticos que reseñaban las brillantes gestas de los tercios viejos? Nada de eso. Lo que le llama la atención son los papeles de la sección de Hacienda. Y nos dirá el porqué:

...esencialísimos —nos indica en sus *Diarios*— para nuestra historia civil y económica, pues contienen el estado de la población, agricultura, industria y rentas de los pueblos de la corona de Castilla, en los finales del siglo XV y parte del siglo XVI².

Consideraciones justas, sobre las que hoy todos estamos de acuerdo: la historia tiene que ser algo más que un mero recuento de batallas o de intrigas de políticos y diplomáticos. El excesivo uso del culto al héroe (en particular, del guerrero), cuando no su abuso, llevó a su descalificación y a su silenciamiento, por gran parte de la historiografía reciente, que entendía que el verdadero objetivo de la historia era otro.

Ahora bien, no pocos de los más fervientes defensores de la fuerza de las corrientes generales en la historia de los pueblos reconocen, desde el propio Voltaire, la importancia en ocasiones del hombre singular y concreto. Así, Voltaire es el que compone *La Henriada*, en ho-

¹ J.H. Elliott: El conde duque de Olivares, Barcelona, Editorial Crítica, 1990.

² V. mi Jovellanos, Madrid, Espasa-Calpe, S. A., 1988, p. 109.

nor de Enrique IV. Ranke, la gran figura de la historiografía alemana del siglo XIX, defensor de las ideas dominantes y de una concepción genética de la historia, como un organismo vivo, precisó: «En la cima de profundos, universales y tumultuosos movimientos aparecen naturalezas vaciadas en un molde gigantesco que fijan la atención de los siglos. Las tendencias generales no son las únicas que deciden; siempre son necesarias grandes personalidades para hacerlas efectivas». Ya en nuestro siglo, Lucien Febvre, pese a ser uno de los fundadores de la escuela de los *Annales*, buscó tenazmente al hombre individualizado, en otro tipo de héroe, si se quiere, que el héroe tradicional, bien estudiando a Rabelais, bien tratando de fijar la personalidad de Lutero. Es más, el propio Braudel, acaso la figura más característica de la gran historiografía francesa de los *Annales* de la postguerra, y uno de los más cualificados exponentes de la historia social, advierte a sus discípulos de esta forma:

No se debe olvidar, en beneficio de la contemplación de los movimientos profundos de la vida de los hombres, a cada hombre bregando con su propia vida, con su propio destino; sería olvidar, negar quizá, lo que en cada individuo hay de irremplazable.

Y todavía, el gran historiador francés, añade:

Porque impugnar el papel considerable que se ha querido atribuir a algunos hombres abusivos en la génesis de la historia, no equivale ciertamente a negar la grandeza del individuo considerado como tal, ni el interés que en un hombre pueda despertar el destino de otro hombre³.

Convincente razonamiento que yo glosaría de este modo: no el interés que en un hombre, en su simple unidad, puede despertar el destino de otro hombre, sino en muchos hombres, en generaciones enteras; he ahí el secreto del éxito de las grandes biografías. Porque las generaciones, las sociedades y las instituciones son protagonistas de la historia, y protagonistas importantes; pero también lo es el hombre mismo, con las limitaciones que se quieran ver, propias de su entorno social y de su tiempo, pero también con su libre albedrío. Por eso es una necedad el intento de despojar al pueblo de sus héroes, porque el pueblo los necesita y los reclama, sea en el campo de la ciencia, en las grandes creaciones de las artes y de las letras, en los ideales de transformación social por la vía revolucionaria o, incluso, en el mismo

campo deportivo. Es más: yo diría que en estos últimos años del siglo XX, cuando la presión técnica es tan arrolladora —y cuando son tantas las amenazas que suscita contra la propia Naturaleza— es cuando resulta más acuciante defender un nuevo humanismo. Y digo nuevo, porque en todo caso debe impregnarse de una fuerte carga social y ética. Un humanismo en el que la concepción del héroe vaya referida a las más insignes cumbres del espíritu, en cualquiera de sus manifestaciones. Pues el pueblo tiene derecho a su historia limpia y verdadera, como tiene derecho a sus héroes, en quienes mirarse y con quienes reconfortarse; en suma, con quienes pueda vivir una segunda vida, que le ayude a superar las ruindades que puedan acosarle. E incluso que pueda alzarle a las más notorias heroicidades, dándole un punto de referencia, un apoyo moral, la estampa paradigmática que provoque su propia vocación. Es así cómo los héroes engendran héroes. Y eso es importante. De ahí la enorme utilidad del género biográfico, a condición, claro está, de que el modelo esté bien tomado.

Porque esa es la cuestión, el precisar cuáles son las notas principales, los requisitos que deben acompañar al relato biográfico, para que éste adquiera auténtica categoría, dentro del género. Dejando a un lado aquellas condiciones que debe tener todo buen trabajo histórico (como son el esmero en la recopilación de las fuentes y el cuidado en su interpretación, junto con la calidad de la exposición para dar finalmente a la biografía ese aspecto por el que la historia se vincula a las artes), yo señalaría dos imprescindibles: la primera —y esto parece obvio— que el personaje esté bien seleccionado, esto es, que verdaderamente se halle entre esas cumbres del espíritu; y la segunda, que el relato no quede en el mero personaje, sino que a su través podamos captar mejor la sociedad a la que perteneció y el tiempo en el que vivió.

Ahora bien, si aplicamos este esquema a la obra de Elliott sobre Olivares, ¿en qué medida cumple esas dos condiciones? Yo diría, sin la menor duda, que mejor la segunda que la primera. Y ello porque escogió a un personaje destacado, pero no ejemplar importante, pero no excelso. Si la biografía intenta atraer a un público que quiera mirarse en la grandeza del personaje, está claro

³ F. Braudel: *La historia y las ciencias sociales*. Madrid, Alianza Editorial, 1968, p. 42.

que eso no podrá conseguirse con el conde duque de Olivares, que no pasó de ser un político mediocre, plagado de errores de bulto y, por si fuera poco, capaz de cometer desafueros reprobables, tanto a nivel nacional como internacional. No olvidemos que Olivares ascendió al poder no por su talla de hombre de Estado (y esa es la gran diferencia con su contemporáneo Richelieu), sino por su habilidad de cortesano para captar la voluntad de un rey que era un mozalbete cuando subió al trono, con apenas 16 años; y, pese a ello, un rey que estaba en la cúpula de un sistema autoritario, donde no existía ninguna institución eficaz, con capacidad para anular sus decisiones, por torpes que éstas fueran. Ya los hombres del tiempo señalaron, como graves errores políticos de Olivares, el mantener a la monarquía en la guerra de los Treinta Años, y más aún, el reanudar las hostilidades con Holanda, tras el término de la Tregua de los Doce Años, sin calibrar la magnitud de la que podríamos denominar «cuestión de Flandes». Y todavía fue más grave, por la falta de sentido ético que demostró, el haber desatado una guerra opresora contra el ducado de Mantua, en la que la monarquía iría de fracaso en fracaso; de forma que además de ser ilícita resultó estúpida. Olivares fue incapaz de llevar a buen término las negociaciones de boda de la infanta María con el Príncipe de Gales, el futuro Carlos I, lo cual hubiera podido ser la réplica afortunada en el siglo XVII a la operación inglesa realizada un siglo antes por Carlos V con la boda de Felipe II y de María Tudor, señalada como uno de los éxitos diplomáticos del emperador a mediados del Quinientos. Olivares había dispuesto para ello de un formidable punto de partida: la presencia del propio Carlos de Inglaterra en Madrid en 1623, deseoso de desposarse con la infanta española. El poco interés, o la poca eficacia de Olivares, trajo consigo algo más que la ruptura de aquellas negociaciones: las hostilidades de Inglaterra, sumando así un enemigo más a la larga lista de los que ensombrecían las relaciones internacionales de la monarquía. En fin, y esto sí que fue grave de veras, con su torpe actitud frente a catalanes y portugueses, Olivares encendió la gran hoguera del separatismo catalán y malbarató la mejor herencia de Felipe II: la unión con Portugal. Todo ello sumado trajo como saldo que, si bien cuando entró en el poder, en 1621, recogió una España que aún era la primera potencia de Europa, cuando lo dejó dos

décadas después no sólo es que el país hubiera perdido esa posición privilegiada, es que la propia existencia nacional —eso que entendemos por España— estaba en entredicho y en peligro de perecer. Y esa fue la maldad del sistema: que permitiera tantos años en el poder a un gobernante tan torpe, tan poco escrupuloso y tan nefasto.

Por lo tanto, hemos de calificar a Olivares como un personaje mediocre. Nada para ilusionar a una gran pluma, y mucho menos a un gran público, siempre anhelante de mirarse en sus mejores. Se comprende que un escritor de la talla de Marañón lo tomase como punto de mira para hacer un ensayo sobre una tendencia de aquellos que se dedican a la política: la tentación del poder.

Ahora bien, si la figura de Olivares, como mediocre personaje que fue, apenas si nos interesa más que la del P. Nithard o la de Valenzuela —por citar a otros dos figurones de aquel siglo—, ¿qué es lo que destacaríamos del libro de J.H. Elliott? Sin duda, el que con su pasmosa erudición nos permita asomarnos a la España del siglo XVII y meditar sobre algunos de sus más graves problemas; en particular, claro está, el del alzamiento de Cataluña. Con lo cual Elliott sí cumple aquella otra condición que señalábamos como destacada, para el género biográfico, y además lo hace volviendo sobre un tema bien conocido por él, que ha había tratado además anteriormente en la que sin duda es su mejor obra: *La rebelión de los catalanes*; un libro publicado por primera vez en 1963. Ese sí que fue un gran tema, digno de una gran pluma, bastante mejor, a todas luces, que la del torpe figurón político que fue don Gaspar de Guzmán, conde duque de Olivares.

En todo caso, y al hilo de la lectura de la obra de Elliott, las reflexiones abundan. Me referiré a las más destacadas. Por ejemplo, al sistema educativo del tiempo, que tanta importancia tiene cuando se ha de abordar la formación del personaje estudiado. En estrecha relación con esto, también llama la atención lo que podía suponer en la época el Rectorado de la Universidad de Salamanca, aquella dignidad detentada por Olivares en su adolescencia y que tan fuertemente se había quedado impresa en su memoria. Y, por supuesto, tratándose de un político está la cuestión básica de los imperativos éticos del gobernante, en particular cuando ha de enfrentarse con la dramática decisión de empujar a su país a la guerra.